

mujeres; en las calles y en los baños tenían que ceder el lugar al último hombre del pueblo; se les prohibió el sonido de las campanas y la pompa de las procesiones. Estas distinciones injuriosas entre los vencedores y los vencidos se han perpetuado hasta nuestros días. No defenderemos la intolerancia musulmana, pero los cristianos hacen mal en quejarse de ella, porque la intolerancia es un vicio innato en todas las religiones reveladas. Los cristianos la llevaron mucho más lejos que los musulmanes: los judíos se hubiesen considerado felices si hubieran gozado de las leyes que los califas impusieron á los cristianos de Oriente. Cristianos y Arabes se encontraron en el suelo español; la historia nos dirá quién ha sido más tolerante.

Los cristianos gozaban de una libertad religiosa casi completa. Los conquistadores no intervenían en el nombramiento de los ministros de la Iglesia, les permitían reunirse en concilio; los admitían en los cargos del Estado; les prohibieron solamente los actos exteriores del culto. Los judíos tenían los mismos derechos; mientras subsistió la dominación de los Arabes, la España fué el asilo de los judíos, al paso que por todas partes en Europa, bajo la dominación cristiana, los desgraciados descendientes de Israel eran acosados como fieras. ¿Cuál fué el primer fruto de la victoria de los reyes cristianos sobre los Moros? La expulsión de los judíos; se los persiguió como á los lobos en Inglaterra, hasta la destrucción del último. En cuanto á los Moros, la capitulación de Granada les aseguraba la entera libertad de su culto. ¿Necesitamos recordar cómo cumplieron su promesa los Reyes Católicos? ¿Necesitamos recordar las conversiones forzadas y después la expulsión de los vencidos, violando la fe jurada? ¿Los crueles edictos de Felipe II arrebatando á los moriscos su lengua y hasta sus nombres? ¿La insurrección de los desgraciados reducidos al último extremo? ¿La horrible alevosía del vencedor de Lepanto? ¿La expulsión definitiva de los restos de la raza vencida, expulsión que fué una verdadera sentencia de muerte? (1). Tales fueron en España la intolerancia árabe y la tolerancia cristiana.

(1) El monje FRAY JAIME BLEDA, que escribió la historia de los Moriscos, después de haber sido su perseguidor, confiesa que no sobrevivió la cuarta parte

#### § IV. — Relaciones internacionales.

El aislamiento es el carácter distintivo de la Edad Media en Europa. Roma había unido las naciones por medio de la conquista; los Bárbaros ensayaron en vano la continuación del Imperio; su espíritu exclusivo no se halló satisfecho sino en sociedades pequeñas; fijados en el suelo, permanecieron inmóviles con sus tierras. Los Arabes aspiran á la dominación del mundo; su monarquía, más universal que la del pueblo-rey, abraza los tres continentes: una gran parte del Asia obedece á sus leyes; todo lo que la Edad Media conoce de Africa es musulmán; asientan un pié en la Europa. Gracias á estas inmensas conquistas, los Arabes renuevan el vínculo entre el Oriente y el Occidente, que la invasión de los Bárbaros amenazaba romper. Destruyen el aislamiento del feudalismo, poniéndolo en relación con el mundo oriental. La hostilidad de las religiones era un grande obstáculo á estas relaciones, pero las necesidades de los hombres triunfan de la antipatía de las creencias: el comercio une á los que la fe divide; es uno de sus grandes beneficios. Una vez establecidas, las comunicaciones no se limitan á cambiar mercaderías: las ideas, los sentimientos, se transmiten y se mezclan. Los Arabes comunican á la Europa los tesoros de la filosofía y de la ciencia Griega al mismo tiempo que los productos del Asia. Así es como la humanidad avanza hácia el término de su destino, la civilización, la unidad y la armonía.

El islamismo no es favorable al comercio; es más bien guerrero que comercial. Se aproxima, por otro lado, al cristianismo, prohibiendo el préstamo á interés y prohibiendo todas las relaciones con los infieles. Sin embargo, el mahometismo es ménos hostil al comercio que la doctrina cristiana, por lo mismo que es ménos espiritualista. El Corán dice: «No es un crimen pedir á Dios el

de la población morisca echada fuera de España (VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes de España*, t. II, p. 40).

acrecentamiento de vuestros bienes, ejerciendo el comercio durante la peregrinación» (1). La prohibición de entrar en relación con los infieles hubiera podido crear una barrera insuperable entre el Oriente musulmán y la Europa cristiana; pero las prohibiciones religiosas, aunque ponen trabas á las comunicaciones, jamás han tenido el poder de impedir las. En todas partes hay transacciones de conciencia. *Chardin* refiere que los grandes pontífices de Persia le calificaban siempre, al escribir su nombre, de *obediente y sumiso al islamismo*. Como preguntase la razón de ello, le respondieron: «Es para poder lícitamente tener comercio con vos, porque está prohibido á los mahometanos tener correspondencia alguna con las gentes que no lo son, á ménos que no les estén sometidas» (2).

El carácter de la raza árabe y el cosmopolitismo nacido de la conquista favorecieron el desarrollo del espíritu comercial é hicieron del Imperio de los califas el centro principal del comercio en la Edad Media. *Plinio* notó ya que los Arabes unían al amor de las armas la profesión de comerciante (3). La Arabia meridional hacía un comercio considerable en la antigüedad. Situada en el camino que recorrían los navegantes que de Egipto pasaban á la Persia y á la India, parecía destinada por la misma naturaleza á dedicarse al comercio (4). La nación conservó esta tendencia á través de las edades. Mahoma fué comerciante ántes de haber sido profeta; sus viajes le hicieron conocer las religiones extranjeras. El comercio se mezclaba con la religión, como en todos los pueblos del Oriente. Ya ántes de Mahoma la peregrinación á la Caba de la Meca iba acompañada de transacciones comerciales; estos viajes, medio religiosos, medio comerciales, tomaron una importancia inmensa cuando el islamismo se hubo esparcido por el mundo entero. El profeta árabe manda á sus sectarios que visiten la Caba al ménos una vez durante su vida. Todos los musulmanes cumplían con este deber: se reunían numerosas caravanas en la época de la peregrinación en la India, la Persia, el África,

(1) *Corán*, II, 194.

(2) *CHARDIN*, *Viajes*, t. XVII, p. 175.

(3) *PLIN.*, *Hist. nat.*, VI, 32.

(4) *RITZER*, *Geografía*, t. XII, p. 39.

el Egipto y la Siria. Los peregrinos eran también mercaderes; la caravana de Siria contaba ella sola quince mil camellos.

El islamismo favorece además el comercio, contando entre las obras pías todo lo que hacen los fieles por los viajeros. La religión recomienda la hospitalidad; el gobierno y los creyentes rivalizan en celo para fundar aquellas magníficas *hospederías del Oriente*, en las que todo el mundo encuentra gratuitamente un asilo. Cuando el viajero cristiano, recorriendo un mar de arena, sin árboles, sin cultivo, sin sitio para descansar, jadeante de calor y de sed y consumido por la fatiga, encuentra uno de estos establecimientos fundados por la piedad musulmana, ¿dirá todavía que Mahoma es el profeta de una religión inmunda? Las hospederías y las mezquitas son los edificios más suntuosos que se encuentran en Oriente. Siempre abiertos, se entra en ellos cuando se quiere, se está el tiempo que se desea, y se sale sin pagar nada. El viajero lleva consigo lo que necesita para su cama y para la preparación de su alimento, y encuentra en las hospederías los alimentos á un precio módico y tasado; algunas veces se le alimenta gratuitamente. Nada más atento ni más delicado que la hospitalidad de los particulares; debe leerse en las relaciones de los viajeros europeos la solicitud que muestran los Arabes en darles lo mejor que tienen, como pan de trigo, mientras ellos comen pan de cebada; leche de vaca, mientras que ellos se alimentan de la leche de la camella.

La conquista puso á los Arabes en posesión de los países más ricos del Asia y del África, antiguos centros del comercio del mundo. Los Arabes de conquistadores se convirtieron en comerciantes, y desplegaron en el comercio el mismo ardor que en la guerra. Los Arabes llevaron sus armas, ó al ménos sus establecimientos en África, mucho más lejos que los Romanos. Marchaban á la costa de Zanguebar, en la que recogían el marfil más estimado, y á Sofala, que les daba oro en abundancia. Parece que frecuentaban la isla de Madagascar; no avanzaron más, porque no conocían la verdadera configuración del África.

Los Arabes fueron dueños de la India; entraron en relaciones con la China. Al fin del siglo VIII, el mismo califa que enviaba presentes á Carlo-Magno mantenía relaciones con el imperio ce-

leste (1). Los Arabes tuvieron que vencer la repugnancia del Gobierno chino para con los extranjeros; se establecieron en gran número en Canfut, en donde tenían un cadí para la administración de justicia. Los escritores árabes fueron los primeros que dieron noticias sobre el té y la porcelana de China (2).

Los califas, á quienes se acusa de haber señalado su paso con ruinas y sangre, levantaron las ciudades más considerables de la Edad Media. Omar, el feroz conquistador, fundó la ciudad de Bassora en la confluencia del Eufrates y del Tigris. El sitio, admirablemente escogido, dominaba los dos rios, por los que se esparcen las producciones de la India á todas las partes del Asia; construída sobre un terreno de arena y de piedra, Bassora se convirtió, gracias á los trabajos de riego, en uno de los paraísos del Oriente. La naturaleza pudo más que las revoluciones que trastornaron al Asia; aún hoy hay en los setenta y dos cuárteles de la ciudad comerciantes de todas las naciones, árabes, persas, armenios, turcos, judíos, cristianos, indios (3).

Bagdad, la residencia de los califas, sobrepaja á todas las ciudades del Asia y de la Europa; es digna de figurar en las *Mil y una noches* (4); si no poseyéramos las relaciones de los geógrafos y de los viajeros, se inclinaria uno á considerarla como un sueño de la imaginación oriental. El sabio Ritter la llama una de las capitales de la tierra. Fundada en un momento en que cesaron las guerras, la residencia de los califas recibió el bello nombre de *Ciudad de la paz*. Un hecho interesante da una idea de su población: en los funerales del célebre médico *Ebn Haubal* asistieron al entierro 800.000 hombres y 60.000 mujeres. El lujo respondia á esta inmensa concurrencia de habitantes: el comercio llevaba allí todas las riquezas del imperio de los califas. Bagdad era al mismo tiempo centro de civilización; cuando los Mongoles la destruyeron (1258), una magnífica biblioteca fué presa de las llamas.

(1) ABUN-AL-BASCHID envió una embajada á la China en el año 798 (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 163).

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introduccion, p. 81.

(3) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 176-180.

(4) *Mil y una noches*, CLI. «Bagdad, la metrópoli de todas las ciudades de la tierra.»

Aunque el comercio del Oriente estuvo en manos de los Arabes, no hacian ellos mismos la importación de los productos del Asia. Se ha atribuido esta especie de indolencia al gusto por los goces pacíficos y á las discordias intestinas que desgarraron el imperio de los califas (1). Creemos que la oposición de las creencias religiosas era el mayor obstáculo. Era necesario casi violentar el Corán para recibir á los mercaderes infieles; ¿cómo habian de ir á buscarlos los discípulos del islamismo? Estas antipatías no impidieron, sin embargo, sus vínculos con los pueblos de Europa. Desde un principio la necesidad de actividad de las razas germánicas condujo al Asia á los comerciantes europeos. Los peregrinos favorecieron estas relaciones. Llevaban al Asia algunos de los productos de la Europa y traian á ella las mercaderías del Oriente. Las ciudades marítimas de Italia tenían factorías en los puertos de la Siria y establecimientos en la mayor parte de las ciudades de Tierra Santa. La toma de Jerusalem por los musulmanes no interrumpió el comercio. En el siglo IX las relaciones entre la Europa y el Asia tenían grande actividad. Los Germanos y los Arabes se aproximaban; el califa y Carlo-Magno se enviaban embajadores. Los Germanos eran aún bárbaros; su contacto con los Arabes contribuyó á civilizar el Occidente (2).

## SECCION II.—LA UNIDAD ÁRABE.

### § I.—El califato.

La unidad es la señal característica del islamismo no tiene otro dogma que la unidad de Dios, unidad absoluta, que no admi-

(1) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 199, 234.

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introduccion, p. 86.